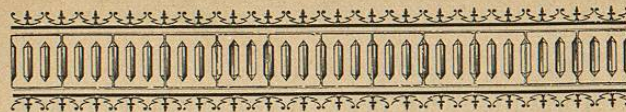


daban en morir los que perseguían á este Santo, y pues igual cosa acababa de ocurrir con los que habían hostilizado á Don Bosco el Sr. Borel y el Sr. Pacchiotti afirmáronse en la resolución de continuar ayudando á este providencial sacerdote.



EL COBERTIZO DE VALDOCCO

Llegó el día en que los niños se reunieron por última vez en el prado consabido. Al siguiente debía recibirlo el propietario y aún no se podía advertir á aquellos donde debían congregarse el domingo próximo. Fué esto para Don Bosco como una estación en el Jardín de los Olivos. Triste era su fisonomía y sus ojos parecían arrasados en lágrimas. Prosternado en tierra, oyéronle los suyos exclamar: «¡Dios mío, hágase vuestra santa voluntad! ¿Abandonaréis por ventura á estos pobres huérfanos? Inspiradme lo que deba hacer para proporcionarles un asilo.»

Apenas había concluído esta plegaria, cuando se le presenta un hombre llamado Pancraccio Soave.

— Señor, ¿buscáis un laboratorio? le pregunta.

— No un laboratorio sino un Oratorio.

— Lo mismo es; podéis darlo por hecho. Mi compadre Pinardi, excelente hombre, ofrece en arriendo un magnífico cobertizo, á propósito para lo que queréis.

Veáase aquí la mano de Dios.

Apresuróse Don Bosco á visitar con Pancracio el paraje indicado, una construcción en extremo sencilla, ni más ni menos que la que pudiera imaginarse para las misiones entre salvajes. Era tan baja que en cierta parte no se podía estar de pie sin tocar el techo con la cabeza.

— En verdad que este cobertizo es demasiado bajo, observó Don Bosco, y bien que mis niños no son grandes, difícilmente podrían alojarse aquí.

— ¿No es más que eso? repuso Pinardi; yo haré rebajar el pavimento cuanto queráis, le pondré excelente soladura y tendréis un pequeño palacio. Os advierto además que yo soy cantor y os ofrezco mis servicios para vuestras fiestas. También tengo una hermosa lámpara que proporcionaré á vuestra capilla.

Este singular comedimiento tocó en el corazón de Don Bosco.

— Veamos ¿podéis rebajar el piso medio metro?

— Seguramente.

— ¿Pronto, para el domingo próximo?

— Para el domingo próximo.

— ¿Precio?

— Trescientos francos al año.

— Os daré trescientos veinte; pero me permitiréis el uso de los terrenos contiguos.

— Podéis disponer de ellos.

— Pues, asunto concluído.

Don Bosco volvió á su prado. A la caída del sol presentábase allí una conmovedora escena. Los niños recibieron entusiastas la noticia de que la Providencia les ofrecía un nuevo asilo; aplaudieron á voz en grito la adquisición del cobertizo de Valdocco (cobertizo que más tarde había de pertenecerles en propiedad y en cuyo terreno había de levantarse el Oratorio de San Francisco de Sales, tal como hoy existe), y pusiéronse al punto á rezar el rosario en acción de gracias, ¡Dios sabe con cuánta devoción!

Pinardi, ayudado de Pancracio y otros, hizo maravillas, porque en ocho días el trabajo, según lo convenido, estaba terminado, y el domingo 12 de abril de 1846, día de Pascua, no sólo se tomó posesión del nuevo local, sino que también se celebró en él la santa Misa. La capilla aunque pobre, era decente y no escaso el terreno para las recreaciones.

La autoridad eclesiástica concedió sin demora el permiso para celebrar en la sobredicha capilla los divinos oficios y cuantas funciones pertenecen al culto, como predicar, exponer el Santísimo, etc.

A poco el *Oratorio de San Francisco de Sales* contaba cerca de setecientos niños; la Obra tomó un vuelo extraordinario, y algunos amigos de Don Bosco que se le habían retirado volvieron á él, al mismo tiempo que le llegaban nuevos é importantes auxiliares.

Los días eran bien empleados en el Oratorio, como que los domingos y fiestas no sólo los niños

sino aun el vecindario afluían á la capilla; por lo cual se moralizó en gran manera aquel barrio abandonado, y puede decirse que desde entonces se notó allí una transformación inesperada.

Don Bosco confesaba hasta las ocho ó nueve de la mañana; decía en seguida la misa, explicaba el Evangelio ó predicaba sobre las virtudes y ejemplos de los santos. Seguía el recreo, después clase hasta mediodía; á las dos, catecismo, rosario, víspersas de la Santísima Virgen, nueva instrucción y cánticos. Todo esto se hacía con tanto atractivo y agrado que, llegada la tarde, los niños con pena se veían obligados á partir. ¡Adiós, adiós, amado Padre, hasta luego, hasta el domingo! decían á Don Bosco, quien extenuado por incesante trabajo apenas podía llegar á su casa. Y como si esto no fuera bastante, estableció definitivamente para cada día la escuela nocturna á la cual los jóvenes obreros acudieron presurosos. Siendo difícil encontrar auxiliares suficientes para las clases, ingenió esta combinación: escogió entre ellos los más aprovechados y convino en darles una instrucción completa á condición de que en cambio sirvieran de profesores á los demás.

Enseñar es un excelente medio de aprender, así que tales estudiantes aprovecharon en gran manera, y el resultado fué que no sólo se formaron buenos profesores, sino que de aquí nació además un seminario de sacerdotes.

La institución de esas clases nocturnas sirvió de modelo á las que siguiendo tal ejemplo, se estable-

cieron más adelante en Turín y otras ciudades; y bien que Don Bosco merecía por ello gratitud y aplauso, el Alcalde de Turín, el marqués de Cavour, presentóle de nuevo una oposición formidable, y en esta ocasión habría conseguido cerrar el Oratorio si no hubiera aparecido un inesperado protector. El conde Coleño, antiguo ministro de Estado y Consejero de Carlos Alberto, declaró ser voluntad del Rey que no se inquietase á Don Bosco. En verdad el soldado y el sacerdote son hombres de acción y de sacrificio y por eso ambos se entienden fácilmente. En más de una circunstancia el Rey manifestó su simpatía al fundador del Oratorio. Una ocasión, entre otras, en día de año nuevo, envióle trescientos francos con esta suscripción de su propia mano: *Para los pilluelos de Don Bosco.*

Don Bosco no se daba descanso, pues que á más del Oratorio ejercía su ministerio en las prisiones, en el hospital de Cottolengo y en el Refugio, sin contar las visitas que hacía á los enfermos de la ciudad.

La mejor salud no podía resistir semejante trabajo; sobrevínole una gran postración que hizo temer por su vida, y por orden expresa del médico hubo de retirarse al campo.

No encontró allí mayor reposo; que á las visitas constantes de sus niños agregábanse las de los alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y á pesar de todo cada sábado volvía á la ciudad para confesar y asistir á las reuniones del domingo.

En uno de estos viajes—julio de 1846—pilló un resfriado del cual le vino una fluxión violenta al pecho, y cuya enfermedad se agravó de suerte que acabó de arruinarle la salud.

Los médicos declararon perdida toda esperanza.

Una noche—estando á la muerte—el señor Borel, que le asistía, le dijo:—Don Bosco, pedid á Dios que os sane.

—Es necesario abandonarse á su santa voluntad.

—Pero ¿cómo dejar así á vuestros hijos? Yo en su nombre os suplico que pidáis á Dios la salud.

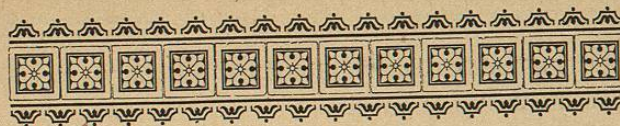
Entonces el enfermo, por complacer á su amigo, exclamó:—¡Sí, Señor, si esto os agrada, haced que yo sane! *Non recuso laborem.*

El Sr. Borel ¡Victoria! dijo. Ahora curaréis; estoy seguro.

Y en efecto á la mañana siguiente Don Bosco principiaba á convalecer.

Conocióse entonces cuanto amor profesaban los hijos á su padre; á fin de obtener su curación, la mayor parte hicieron tales promesas que después Don Bosco necesitó interponer toda su autoridad para conmutarlas y suavizarlas.

Para reparar la salud y recobrar las fuerzas, el venerable Sacerdote debió retirarse por tres meses á *Becchi*; pero no podía allí permanecer tranquilo, como que su pensamiento estaba siempre con los niños, y así, apenas un tanto restablecido, regresó á su querido Valdocco.



EL ORATORIO

Desde que Don Bosco dejó la estancia concedida en el Refugio por la marquesa Barolo, resolvióse para evitar una lastimosa pérdida de tiempo, á vivir en el Oratorio, y con este objeto tomó alquiladas á Pinardi algunas pequeñas piezas contiguas á la capilla. Precitado á tener junto á sí una persona que cuidara de la casa llamó á su madre; y bien que el hijo procede de la madre, ahora, particularmente desde que este hijo fué revestido de la majestad del sacerdocio, parece en cierto modo la madre proceder del hijo. Margarita Bosco le veneraba tanto como le amaba, y conociendo por una verdadera iluminación la sublimidad de la obra que le absorbía, no temió abandonar el propio hogar y renunciar la pacífica vida del campo para ir á compartir el rudo trabajo en la familia de adopción con su hijo.

El 3 de noviembre de 1846 madre é hijo dejaban la aldea de *Becchi*. Ambos marchaban á pie con bastón en mano; el uno llevando su breviario bajo el brazo, la otra un canasto de provisiones. Las